



Capítulo 271 - Llegada a Rumania

El avión comenzó a disminuir la velocidad suavemente, descendiendo entre nubes teñidas de un suave rosa. La vista exterior mostraba un paisaje cubierto por una fina capa de nieve y, a diferencia de las imágenes de Rumanía que Vergil tenía en mente, parecía más un escenario de película que la realidad.

Una parte de él se preguntó si Sapphire realmente estaba al tanto del pronóstico del tiempo.

"No esperaba nieve", murmuró Vergil, mirando por la ventana mientras el avión continuaba acercándose a la pista.

Zafiro, ya sentada relajada con los brazos cruzados, también echó un vistazo, con expresión ligera, casi curiosa. «Yo tampoco, pero creo que encaja con el ambiente del lugar. Y, siendo sincera, simplemente lo hace todo... más interesante».



Recogieron sus cosas en cuanto el avión aterrizó y se abrió la puerta de la cabina. El movimiento en el aeropuerto era tranquilo, pero el aire frío del exterior pronto les hizo comprender la urgente necesidad de algo más apropiado.

El único problema: no tenían ropa de invierno.

Parecía casi gracioso, pero eran demonios... el frío era un poco más severo para ellos, y bueno... todavía parecían estar interpretando una película romántica.



"No soy exactamente del tipo que se preocupa por el clima, pero... parece que necesitaré algo más para sobrevivir a esto", dijo Sapphire con un tono ligero, pero sus ojos estaban alerta, como si evaluara la situación.

Vergil la miró con una leve sonrisa. «¿El demonio más demoníaco de todos tiene frío?... Lo dudo... solo quiere que sea un caballero». Luego dijo: «Quizás no sea mala idea buscar algo, entonces. Diría que no necesitamos ropa de invierno, pero seamos prácticos».

"¿Te parece práctico?", preguntó ella, levantando una ceja. "No es que tu idea de práctico implique algo simple, Vergil."

"No soy un experto en moda de invierno", respondió con un dejo de ironía mientras se dirigía a la terminal comercial.

La siguiente escena fue un tanto cómica.

Zafiro, que siempre se comportaba con una gracia natural y una habilidad para destacar dondequiera que iba, ahora se veía obligada a lidiar con el clima frío de manera improvisada.

Vergil, que estaba a su lado, tampoco estaba preparado para el frío, vestía solo su habitual abrigo negro, que le daba la apariencia de alguien a punto de ir a una cena formal pero que no tenía sentido en medio de la nieve.

Entraron en una tienda de ropa y fueron recibidos de inmediato por un dependiente. La tienda, una boutique local, era elegante, con una selección de abrigos y accesorios que oscilaba entre lo moderno y lo tradicional, una mezcla de estilos que se adaptaba a su gusto.





Zafiro miró a su alrededor, con la vista fija en una hilera de abrigo de piel sintética que parecían prometedores. Los examinó con interés, tocando la tela como si evaluara la textura de un artefacto raro. «Quiero algo que me quede bien, no algo que parezca que me atacó una oveja gigante», dijo, más para sí misma que para Vergil, pero él la oyó con claridad.

Vergil no respondió, simplemente observaba cómo ella examinaba las opciones, con una postura impasible, como si fuera completamente inmune al frío que entraba por las puertas de cristal de la tienda. Tras un momento de silencio, él también comenzó a observar los abrigo disponibles. Los finos abrigo de lana, con un toque sofisticado, eran discretos pero cómodos.

Zafiro, ya algo impaciente, se volvió hacia él. "Entonces, ¿no vas a ayudarme en nada?"

Vergil la miró, con los ojos brillantes tras sus gafas de sol. "¿Ayuda? No, te las arreglas muy bien sola."

Zafiro sonrió con un brillo travieso en los ojos. "Voy a probarme un poco de todo, solo para fastidiarte". Se dirigió al probador, con pasos firmes y elegantes como siempre.

Vergil se quedó allí, observándolo, con una sonrisa débil en los labios. A ella le encantaba jugar con él de esa manera. Pero a él no le preocupaba. Siempre actuaba así: un juego de seducción e independencia que, por mucho que lo intentara, nunca era predecible.

Mientras ella desaparecía en el probador, Vergil cogió un abrigo oscuro de piel sintética, uno que combinaba a la perfección con su estilo. Se apartó para probárselo, y lo primero que pensó fue que probablemente estaba más preparado para el frío que ella. Pero si algo sabía Vergil, era que jamás podría controlar el estilo de Sapphire. Ella lo hacía todo a su manera, incluso cuando no era necesario.





Mientras tanto, Sapphire salió del probador con una sonrisa que podría derretir un iceberg.

"No puedo creer que esté haciendo esto, pero... será divertido ver tu reacción". Se acercó a él con una capa de piel blanca y esponjosa, casi como si estuviera envuelta en una nube. El abrigo era excesivo, pero de alguna manera, le otorgaba un encanto inusual, algo que solo ella podía lograr sin esfuerzo.

Vergil arqueó una ceja al verla, con una expresión que mezclaba diversión y sorpresa. "¿Te estás... convirtiendo en un animal de nieve?"

"Soy la Dama de las Nieves", dijo con una sonrisa traviesa, dándose la vuelta para lucir el abrigo de forma más espectacular. "¿Qué te parece?"

Vergil no pudo evitar sonreír. "No creo que nada. Solo que... siempre me sorprendes."

—Genial. ¿Listos para irnos? —dijo, volviendo a su postura habitual, como si tuviera el control de todo, incluida la situación.

Salieron de la tienda con la ropa en la mano, y el abrigo de Zafiro, un poco llamativo pero innegablemente elegante, llamó la atención de todos. Parecía una figura imponente, casi como la personificación del invierno, y con Vergil a su lado, la imagen de ambos parecía casi artística, como una pintura de contrastes.

Caminaron hacia la salida del aeropuerto, donde les esperaba una nueva sorpresa. Dos figuras, impecablemente vestidas, con gafas de sol y posturas erguidas, esperaban frente a las puertas automáticas de cristal. Sus cuerpos





sobresalían como esculturas de acero: fuertes, rígidos y atentos a cada movimiento.

Para cualquier ser humano normal, su presencia resultaba intimidante. Pero Virgilio y Zafiro... Eran Reyes Demonio. Nada de eso les afectaba.

Los dos hombres, al notar su llegada, hicieron una leve reverencia. El movimiento fue discreto, pero lo suficientemente claro como para que ambos comprendieran su significado. La reverencia mostrada no era una simple cortesía, sino una muestra de respeto hacia quienes estaban frente a ellos.

—Lord Vergil, Lady Zafiro —dijo el primer hombre con voz profunda y autoritaria—. Nuestro Rey nos ha enviado para garantizar su seguridad y escoltarlos al lugar indicado.

Zafiro, con su porte majestuoso y su mirada indiferente, no hizo ningún esfuerzo por saludarlos. Sus ojos oscuros no mostraban ningún interés, y simplemente desvió la mirada hacia un lado, como si estos hombres no merecieran su atención. Lo cierto era que, instintivamente, sabía que la observaban con algo más que simple respeto.



Cuando sus ojos se encontraron con los de ellos, lo que siguió fue evidente: lujuria. Sus ojos recorrieron su cuerpo sin pudor, y uno de ellos incluso esbozó una leve sonrisa. Pero Zafiro, como siempre, los ignoró por completo.

Ella simplemente pasó junto a ellos con la gracia de una reina, las puertas automáticas se abrieron para ella mientras sus pasos resonaban en la terminal vacía. Vergil, que la seguía, sintió una tensión en el pecho al darse cuenta de que los hombres la observaban. La idea de ser observado así por hombres que, en cualquier otra situación, podría aplastar fácilmente, le causó una leve irritación.



"Zafiro...", murmuró Vergil en voz baja, casi amenazante, pero a ella no le importó. Estaba completamente tranquila, como si se tratara de la cosa más simple del mundo. No prestó atención a la lujuria que la invadía.

—Vamos, Vergil. No vale la pena —dijo con voz suave pero llena de autoridad, mientras se acomodaba en el asiento trasero del coche que ya los esperaba.

Vergil, todavía molesto, se subió a su lado, con la mirada fija en los dos hombres que se alejaban. Miraban a su esposa, y eso lo inquietó, aunque en el fondo sabía que no era nada que no pudiera controlar. Aun así, el pensamiento persistía. Simplemente la siguió, sin decir nada, y subió al vehículo, dejando atrás el aeropuerto.

El coche los llevó a un hotel de lujo, un imponente y moderno edificio que, a la vez, tenía la apariencia de una fortaleza. Era evidente que este lugar había sido elegido con sumo cuidado, quizás para complacer los gustos de un Rey Demonio como Alucard, el misterioso y poderoso líder que los había enviado allí.



Los guardias de seguridad, moviéndose como sombras con sus movimientos silenciosos y rápidos, ayudaron solo a Sapphire a salir del coche y a cargar sus maletas, dejando a Vergil observando la escena con una leve sonrisa. Era evidente que se aseguraban de atenderla, mientras que a él lo trataban como... mera compañía.

Vergil, ya más tranquilo, pero aún con un destello de curiosidad en la mirada, se acercó a uno de los guardias. "Entonces... ¿solo hay vampiros aquí?", preguntó con voz firme, pero con un dejo de diversión.

El guardia, que parecía ser el líder del grupo, miró a Vergil con expresión impasible. «Sí, Lord Vergil. Este hotel fue elegido por el Rey. Solo los vampiros pueden alojarse aquí».



Vergil sonrió ampliamente, una sonrisa peligrosa e intrigante que reflejaba un complejo juego de pensamientos en sus ojos. "Interesante... Vampiros, ¿eh?", dijo, con una sutil satisfacción en la voz. Con un movimiento fluido, se acercó al grupo de seguridad y, con un leve asentimiento, indicó que era hora de proceder.

"Entremos, querida...", dijo, ofreciéndole el brazo a Zafiro, un gesto elegante y casi desafiante. Sus ojos brillaban con una confianza que solo un hombre como él podía irradiar. "El mío es el de la derecha".

Zafiro, sin dudarlo, lo tomó del brazo con una ligereza imponente, pero sin un ápice de vulnerabilidad. "Oh, claro... No pensaron que mirarme sería tan fácil, ¿verdad?", murmuró en voz baja, pero con un tono sarcástico.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, un sonido apagado y aterrador resonó en el aire. La cabeza del guardia a la derecha de Vergil explotó violentamente; un estallido de carne, sangre y entrañas se dispersó como una tormenta, dejando solo una masa en descomposición.



El otro guardia, a la izquierda, apenas tuvo tiempo de comprender lo que estaba sucediendo. Sus ojos, abiertos de puro terror, se convirtieron en llamas, su piel ardiendo hasta que no quedaron más que cenizas en el suelo. El aire estaba cargado con el calor de la combustión, y el olor a carne carbonizada se extendió rápidamente.

Zafiro observaba la escena con una calma inquietante, mientras el fuego aún danzaba alrededor de las cenizas restantes. «Tu manipulación de la sangre ha mejorado», comentó con una leve observación, con un tono aún fresco, como si fuera lo más natural del mundo.

Vergil miró los restos carbonizados de los guardias y esbozó una sutil sonrisa. Su mirada se volvió más intensa, como si saboreara la destrucción que acababa

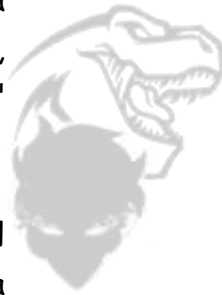


de ocurrir. «Y tu fuego, querida... sigue siendo brutal», dijo con voz profunda y placentera, casi como si elogiara una obra maestra en acción.

—¿Y los cuerpos? —preguntó Vergil con tono sereno, como si la destrucción de dos vidas fuera una conversación trivial para él.

Zafiro miró por encima del hombro; los oscuros mechones de su cabello se movían suavemente al viento. «Se han convertido en cenizas, amor», dijo con expresión impasible, como si la quema de los cuerpos fuera el destino inevitable de quienes se atrevían a cruzarse en su camino. La frialdad en su forma de hablar revelaba lo cómoda que se sentía con esta violencia, como si fuera una extensión natural de su propia existencia.

Vergil se inclinó hacia delante, observando los restos con una sonrisa satisfecha, y luego se irguió con aire relajado. Siempre tenía el control, siempre dominaba la situación. "Debo decir, querida, que eso fue... eficiente."



Zafiro, sin mostrar aún signos de fatiga ni remordimiento, se volvió hacia él con una leve sonrisa; sus ojos negros brillaban con una satisfacción similar a la de él. «Y tenemos mucho más por delante, Vergil».

La mirada que lanzó al hotel fue bastante significativa, como si estuviera mapeando mentalmente cada rincón del lugar. Estaban en territorio desconocido, pero siempre estaban listos para imponer su presencia.

Vergil simplemente la siguió, con una sonrisa cada vez más amplia y peligrosa. "Lo sé, querida. Lo sé."